

Subtamente el último verano

Tennessee
Williams

Personajes.-

Señora Venable
Doctor Cuckrowcz
Señorita Foxhill
Señora Holly
Jorge Holly
Catalina Holly
Hermana Felicity

Entradas misteriosas

Subtítulo
Last
Summer

Cuadro Primero.

El decorado es irreal, cual si se tratase de un ballet dramatizado. Representa parte de una mansión de estilo gótico victoriano en el Barrio Jardín de Nueva Orleans, a últimas horas de una tarde, entre fines del verano y principios del otoño. La habitación se funde con un jardín fantástico, que tiene más de selva tropical o bosque que otra cosa, correspondiente a la edad prehistórica de los helechos gigantes, en que a seres vivientes le crecían las extremidades por transformación de aletas y las escamas se les convertían en piel. Los colores de esta selva-jardín son violentos sobre todo en razón de que un vaho visible sube de la tierra con el calor que sigue a una lluvia. Hay macizas flores de árbol que sugieren órganos de un cuerpo humano, arrancados, todavía con el brillo de la sangre aún no seca. Se perciben broncos gritos, silbidos penetrantes y otros y ruidos como de fuertes pisadas, tal cual si el jardín estuviese poblado de bestias, serpientes y aves, todas salvajes.

El tumulto del bosque persiste unos minutos luego de haberse levantado el telón; después disminuye de volumen hasta dar paso a una calma relativa, que de cuando en cuando interrumpe un nuevo estallido.

Entra una dama que se ayuda con un bastón de puño de plata. Tiene el cabello anaranjado o rosado y viste un vestido de encaje color alhucema. Sobre el pecho ya algo marchito se ha clavado un prendedor de brillantes, en forma de anémona.

La sigue un joven médico rubio, todo de blanco, con brillo glacial y muy buen mozo; mas la actitud y elocuencia de la dama denotarán una reacción no estudiada al frío encanto del galeno.

Sra. Venable.— Sí, éste era el jardín de Sebastián. Aquéllas... (*aspira hondo*) son las plantas más viejas de la tierra, sobrevivientes de la edad de los bosques de helechos gigantes. Por supuesto, en este clima semitropical (*otra aspiración profunda*) hay algunas de las plantas más raras del mundo, como la atrapa-moscas de Venus.

Doctor.— ¿Una planta insectívora?

Sra. Venable.— Sí, se alimenta de insectos. Debe ser mantenida bajo vidrio desde principios de otoño a final de primavera, y cuando la pusimos en el invernáculo, mi hijo Sebastián tuvo que abastecerla de moscas traídas a gran costo desde un laboratorio de Florida que las usaba para experimentos de genética. Pues bien doctor... (*aspira hondo el aire*), yo no puedo hacer eso. No es el gasto sino...

Doctor.— El esfuerzo.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE CIENCIAS
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

1306720

Sra. Venable.— Sí, de modo que... ¡adiós, atrapa-moscas de Venus! Como tantas otras cosas... hum (*aspira aire*). No sé por qué, pero--- Tengo ya la sensación de que puedo confiar en usted, doctor Cu.. ¿Cu...?

Doctor.— Cu- krowicz. Es una palabra polaca que significa azúcar. Si quiere simplificarlo, llámeme Doctor Azúcar (*Ella le corresponde con una sonrisa.*)

Sra. Venable.— Pues bien, Doctor Azúcar, ya ha visto el jardín de Sebastián. (*Están ambos avanzando lentamente a la zona del patio*)

Doctor.— Es una selva muy bien cuidada.

Sra. Venable.— Así deseo él que fuese. Nada debía ser casual. Todo preconcebido y diseñado en la vida de Sebastián y en su... (*Se enjuga la frente con el pañuelo extraído del bolso*) trabajo.

Doctor.— ¿De qué se ocupaba su hijo, señora Venable... además del jardín?

Sra. Venable.— ¡Cuántas veces he tenido que responder a esa pregunta! ¿Sabe que todavía me sobrecoge un poco? ¡Darme cuenta de que Sebastián Venable, el poeta, sigue desconocido fuera de un pequeño círculo de amigos y allegados, inclusive la madre!

Doctor.— ¡Oh!

Sra. Venable.— Es que, estrictamente hablando, su vida era su ocupación.

Doctor.— Ya entiendo.

Sra. Venable.— No, doctor, usted no entiende... todavía. Pero entenderá antes que finalice. Sebastián era poeta. Eso quise decir al expresar que su vida era su trabajo, porque el trabajo de un poeta es la vida de un poeta y, viceversa, la vida de un poeta es su trabajo. Quiero decir que no es posible separarlas. ¡Oh, he hablado tanto que me siento falta de aliento y atontada! (*el doctor le ofrece el brazo*) ¡Gracias!

Doctor.— Señora Venable, ¡aprobó su médico este asunto?

Sra. Venable.— (*sin aliento*) ¿Qué asunto?

Doctor.— Este encuentro con la joven que, a juicio suyo, fue causante de la muerte de su hijo.

Sra. Venable.— Desde hace meses aguardo tenerla frente a mí, porque no puede ir a verla al Hospital de Santa María. Por eso la hice traer aquí, a mi casa. No caeré postrada. ¡Caerá ella! Quiero decir que sus mentiras caerán por el suelo, no mi verdad... no la verdad. ¡Adelante, doctor Azúcar! (*el doctor la conduce despacio al patio*) Todo cuanto resta de mi vida lo dedico, doctor, a defender la reputación de un poeta muerto. Sebastián no tuvo fama pública como poeta, no quiso tenerla, se resistió a alcanzarla. ¡Odiaba... detestaba los falsos valores que provienen de ser conocido públicamente, de la nombradía, de la explotación personal...! ¡Oh! Me3 decía: "¡Violeta! ¡Mamá! Tú me sobrevivirás!"

Doctor.— ¿Por qué lo pensó así?

Sra. Venable.— Los poetas son siempre clarividentes... Tuvo fiebre reumática a los quince años. se le afectó una válvula del corazón y no quería más que estar a caballo. o en el agua. v

hacer cosas parecidas... Esta es la obra de mi hijo, doctor; aquí es donde su vida sigue...

Levanta un volumen fino, de canto dorado, que estaba en la mesa del patio, tal como se eleva una hostia en el altar. Sus hojas y letras doradas atraen al sol vespertino. Dice "Poema de Verano". La cara de la mujer tiene de pronto un aspecto distinto, la expresión de una visionaria, de una religiosa exaltada. En el mismo instante un ave canta claramente y con voz pura en el jardín y la anciana parece que por un momento se hubiese vuelto joven.

Doctor.— (leyendo el título) ¿"Poema de Verano"?

Sra. Venable.— Y la fecha del verano. Son veinticinco sus poemas. Cada año escribió uno, que imprimió él mismo en una prensa de mano del siglo diez y ocho en su... atelier... del Barrios Francés, para que sólo él pudiese verlo. (parece alhelada por un momento).

Doctor.— ¿Él escribió un poema por año?

Sra. Venable.— Uno cada verano mientras viajábamos juntos. Los otros nueve meses del año fueron realmente una preparación.

Doctor.— ¿Nueve meses?

Sra. Venable.— La duración de un embarazo, sí.

Doctor.— ¿Era difícil dar a luz el poema?

Sra. Venable.— Sí. ¡Aún estando yo a su lado! Sin mí, imposible, doctor... El verano pasado no escribió poema alguno.

Doctor.— ¿Murió el verano pasado?

Sra. Venable.— Murió sin mí el último verano. Ese fue su último poema. No quiere sentarse ahora. (Vacila. Él le ayuda a llegar hasta el sillón. Ella respira con dificultad) Un verano, hace mucho... ¡Oh, pero...! ¡Por qué estoy pensando en esto? Mi hijo Sebastián dijo: "Mamá, oye!". Y me leyó la descripción que hizo Herman Melville de Las Encantadas, las Islas Galápagos. Volcanes apagados, con un aire similar al que tendría el mundo entero después de una última conflagración..." Me leyó esa descripción y dijo que debíamos ir allí. Fuimos aquel verano en un yate fletado. Vimos Las Encantadas; pero en las encantadas vimos algo de lo cual Melville no se ocupó. Vimos las grandes tortugas marinas saliendo trabajosamente del agua para su puesta anual de huevos... Una vez cada año la hembra sale del mar ecuatorial y sube a la playa abrasada del calor de una isla volcánica, para cavar un hoyo en la arena y poner allí sus huevos. Es un proceso largo y espantoso el de depositar los huevos en los hoyos, y cuando concluye, la tortuga exhausta vuelve al mar medio muerta. Las tortugas hembras jamás ven a sus retoños, pero nosotros sí los vimos. Sebastián conocía exactamente la época en que los huevos se empollarían y volvimos a tiempo...

Doctor.— ¿Volvieron a...?

Sra. Venable.— A las terribles Encantadas, montones de lava de volcanes extinguidos, a tiempo para presenciar el empollamiento de huevos de las tortugas marinas y su desuadada huida al mar. (ásperos gritos de aves en el aire. Levanta la vista) ¡La playa angosta! ¡El color del caviar! ¡Todo estaba en movimiento! Pero el cielo se movía también...

Doctor.— ¿Se movía el cielo?

Sra. Venable.— Se movía, lleno de aves carnívoras y gritos, los gritos salvajes y horribles de...

Doctor.— ¿Aves Carnívoras?

Sra. Venable.— En la estrecha y negra playa de Las encantadas, mientras las tortugas marinas salían desesperadamente de los hoyos y se lanzaban al mar en carrera desenfrenada...

Doctor.— ¿En carrera...?

Sra. Venable.— Para escapar a las aves carnívoras que ennegrecían el cielo, dándole una coloración casi igual a la de la paya. (*sigue mirando hacia arriba; percibimos los ruidos broncos y famélicos de las aves. Llegan en ondas rítmicas, cual un canto salvaje*) Y la arena vivía toda ella, vivía al tiempo en que las tortugas empollaban, se lanzaban en carrera desenfrenada al mar, mientras las aves revoloteaban, suspendiéndose en el aire y lanzándose en picada, suspendiéndose y lanzándose para atacar. Se lanzaban en picada hacia las tortugas marinas empolladas, volviéndolas boca arriba para poner al descubierto sus carnes tiernas, que laceraban y desgarraban ferozmente para devorarlas. Sebastián calculó que quizás una de cada cien lograba llegar al mar.

Doctor.— ¿Qué había en todo aquello como para fascinar a su hijo?

Sra. Venable.— Mi hijo buscaba a Dios; es decir, buscaba una clara imagen suya. Pasó aquel bochornoso día ecuatorial, entero, en el puesto de vigía de la goleta, observado aquello que sucedía en la playa hasta que la oscuridad le impidió ver, y cuando descendió por el aparejo, me dijo: "Bien, ahora ya lo he visto", refiriéndose a dios. ~~Y durante varias semanas tuvo fiebre y deliraba (Entra Foxhill) Luego... la India, la China... En los Montes Himalaya. (Ve a Foxhill)~~
¿Qué?

Sra. Foxhill.— Señora Venable...

Sra. Venable.— ¡Oh, Dios mío! Elixir de... (*toma el vaso*) ¿Verdad que la farmacia es muy bondadosa, ya que me mantiene viva?

Sra. Venable.— He hablado hasta por los codos. Sin duda lo he mareado con mi charla... Pero necesitaba aclararle bien que el mundo perdió mucho cuando yo perdí a mi hijo el último verano. Le habría gustado conocerle; a él le habría encantado conocerlo a usted. Mi hijo Sebastián no fue un snob en cosas de su familia ni snob en cosas de dinero, pero fue snob, de todas maneras. Snob en lo tocante al encanto personal de la gente, insistía en que tuviesen buen aspecto cuantos lo rodeaban y poseía una pequeña corte de jóvenes y bellas personas siempre en torno suyo, dondequiera que fuese, tanto aquí en Nueva Orleans como Nueva York, o en la costa azul, en París o en Venecia. Siempre con su pequeño cortejo de representantes de la belleza, el talento y la juventud.

Doctor.— ¿Era joven su hijo, señora Venable?

Sra. Venable.— Los dos éramos jóvenes y nos conservamos jóvenes, doctor.

Sra. Foxhill.— Señora Venable, la madre y el hermano de la señorita Holly acaba de...
(*simultáneamente con esto, aparecen en la puerta de dos hojas la señora Holly y Jorge*).

Jorge.— ¡Ey, tía Viola, ey!

Sra. Holly.— Mi querida Violeta, ya estamos aquí.

Sra. Foxhill.— ... llegar.

Sra. Venable.— Espéreme arriba, en el cuarto de estar del primer piso. (*A señorita Foxhill*) Llévelos. No los quiero en esa puerta mientras estamos hablando (*Al doctor*) Alejémonos de aquí (*el doctor la conduce, con su silla al centro del escenario*).

Doctor.— ¡Señora Venable! ¿su hijo... qué... clase de... de vida personal... privada... llevaba?

Sra. Venable.— esa pregunta quería que me hiciese.

Doctor.— ¿Por qué?

Sra. Venable.— No he podido conocer lo que dice la muchacha más que indirectamente, en una versión suavizada, ya que, estando enferma, me fue imposible ir a escucharla directamente; pero he captado lo bastante para comprender que es un insulto oprobioso a la moral de mi hijo, que ya está muerto y no puede defenderse. Tengo que ser yo su defensora. Antes de que oiga lo que pueda decir esa muchacha cuando venga aquí. Mi hijo Sebastián era casto. Y a causa de su castidad tuvimos que escapar de no pocas persecuciones, motivadas por su encanto y atractivo... para mantener a raya a sus perseguidores... toda clase de perseguidores. Era... (*recalcando el vocablo*) casto.

Doctor.— entendí perfectamente, señora Venable.

Sra. Venable.— ¿Y me cree, doctor?

Doctor.— Sí, pero...

Sra. Venable.— ¿Pero qué?

Doctor.— ¿Casto a...? ¿Qué edad tenía su hijo el último verano?

Sra. Venable.— Cuarenta años tal vez. En realidad, no llevábamos la cuenta de los cumpleaños... Se requiere un gran carácter para resistirse a envejecer, doctor, para resistirse a envejecer y conseguirlo. Hace falta disciplina, abstinencia.

Doctor.— ¿Vivía como célibe?

Sra. Venable.— Tan estrictamente como si hubiese formulado un voto. Esto puede parecer vanidad, pero yo fui en realidad la única persona que en su vida le ofreció lo que exigía él de los demás. Una vez y otra mi hijo despedía gente, la alejaba de sí porque su... su... actitud para él no era..

Doctor.— Tan pura como...

Sra. Venable.— Como mi hijo Sebastián exigía. Formamos una pareja famosa. Nadie hablaba de Sebastián y la madre, o de la señora Venable y su hijo, sino de Sebastián y Violeta. Violeta y Sebastián están parando en el Lido. Sebastián y Violeta han alquilado una casa en Biarritz para la temporada. y a cada aparición en público. cada vez que nos presentábamos ante las

miradas, la atención se enfocaba en nosotros... ¡Todos los demás... eclipsados! ¿Vanidad? ¡Oh, no! No, doctor. No puede calificarse de eso...

Doctor.— No lo he calificado así.

Sra. Venable.— Tampoco fue delirio de Grandezas. Fue grandeza pura.

Doctor.— Ya veo.

Sra. Venable.— Mi hijo Sebastián y yo construimos nuestros días cada día. Día a día esculpíamos nuestras vidas como una obra de arte. Pero el último verano... (*pausa; la música continúa*) No puedo perdonárselo... ni siquiera ahora, que ya ha pagado su culpa con su vida. Dejó que esta... ¡vándala! Esta...

Doctor.— ¿La muchacha que...?

Sra. Venable.— Que usted va a conocer aquí esta tarde. Sí. Acogió a esta vándala, que manejando su lengua como hacha ha destrozado alevosamente nuestra leyenda, el recuerdo de...

Doctor.— Señora Venable, ¿cuál supone usted que sea su razón?

Sra. Venable.— Los lunáticos no obran movidos por razones.

Doctor.— Quiero decir que cuál, a su juicio, es el móvil.

Sra. Venable.— ¡Vaya pregunta! Son nuestros el pan que se lleva a la boca y el paño con que se cubre la espalda. Los que por un motivo así lo aman a usted o lo perdona son... aspas de un molino ciego, doctor. El papel benefactor es más que ingrato, es el de una víctima, víctima que se lleva al sacrificio. Quieren su sangre, sí, doctor, quieren derramar su sangre en las gradas del altar de sus egos ultrajados y ultrajantes.

Doctor.— ¡Oh! ¿Quiere usted decir que se ofendió por...?

Sra. Venable.— ¡Odio sintió! No pueden encerrarla en Santa María...

Doctor.— Creí que estuvo allí algunos meses...

Sra. Venable.— Quise decir... mantenerla encerrada y en silencio. ¡Habla! ¡Dice incoherencias! No pudieron cerrarle la boca en Cabeza de Lobo ni en la Clínica de París... Hablo y hablo...! Manchando la reputación de mi hijo. Eso es su bolso, doctor (*levanta el bolso de paño o red*) Un bolso en el cual cabe todo y de todo, especial para la clase de anciana en que yo me convertí el último verano. ¿Quiere hacer el favor de abrirlo, doctor? Tengo las manos entumecidas... y sacarme de su interior los cigarrillos y la boquilla (*el doctor lo hace*).

Doctor.— No tengo fósforos.

Sra. Venable.— Creo que ahí debe haber un encendedor de mesa.

Doctor.— Sí, lo hay (*lo enciende y la llama sube alta*) ¡Oh, Dios mío! ¡Qué antorcha!

Sra. Venable.— (*De pronto con sonrisa dulce*) Así es como resplandece una buena acción en

un mundo perverso, doctor... Doctor Azúcar. (*Pausa. Dulcemente, trinan aves en el jardín*)

Doctor.— Señora Venable...

Sra. Venable.— Sí.

Doctor.— En su carta, la semana pasada, hizo usted referencia a un... a una especie de donación, un legado...

Sra. Venable.— Le dije en mi carta que mis abogados, banqueros y contadores estaban creando una Fundación Sebastián Venable para financiar el trabajo de jóvenes como usted que ensanchan las fronteras del arte y de la ciencia, pero tropiezan con problemas económicos. A usted le ocurre, ¿verdad, doctor?

Doctor.— Sí, tropezamos con esa clase de problemas. Mi trabajo es cosa tan nueva y tan radical que quienes distribuyen los fondos del estado sienten un lógico temor y nos reducen a subvenciones muy escasas. Hay mucho riesgo en mi operación, Cuando se penetra en el cerebro con un objeto extraño...

Sra. Venable.— Sí.

Doctor.— ... así sea un bisturí de hoja delgada y fina como una aguja...

Sra. Venable.— Sí.

Doctor.— ... en la mano de un cirujano experto...

Sra. Venable.— Sí.

Doctor.— ... lleva aparejado mucho riesgo la... la operación.

Sra. Venable.— Tengo entendido que los tranquiliza, los aquieta; de pronto los vuelve pacíficos.

Doctor.— Sí, es cierto. De esa parte estamos seguros, pero...

Sra. Venable.— ¿Qué?

Doctor.— Habrán de pasar diez años antes de que podamos decir si los beneficios inmediatos de la operación son permanentes o transitorios, o siquiera si existe... ¡y eso es lo que me atormenta...! alguna posibilidad, después, de reconstruir una persona totalmente sana... Es posible que la persona sufra luego, para siempre, alguna limitación... Liberada de sus trastornos agudos, pero privada de algunas facultades...

Sra. Venable.— Sí, pero ¡qué bendición para ellos, doctor, poder estar sencillamente pacificados, hallarse de pronto... tranquilos...! (*Trinan aves en el jardín, dulcemente*) Después de todo aquel horror, aquellas pesadillas... poder elevar tranquilamente la mirada y ver... (*Eleva la vista y señala el cielo con una mano*) un cielo que no ennegrezcan aves salvajes y devoradoras, como el cielo que vimos en Las Encantadas, doctor...

Doctor.— Señora Venable... Yo no puedo garantizar que con una lobotomía deje de... hablar...

Sra. Venable.— Puede que sí... y puede que no, pero después de la operación, ¿quién le creará, doctor? (*Pausa. Débil música de selva*).

Doctor.— (*Corte rápido. Con Serenidad*) ¡Dios mío! (*Pausa*) Señora Venable, supongamos que después de haber conocido a esta muchacha, observarla y oír lo que diga, no estuviese yo seguro de que su estado sea... Supongamos que a mi juicio un tratamiento no quirúrgico, tal como los shocks insulínicos o los electroshocks y...

Sra. Venable.— Todo es se le hizo en Santa María... No queda otro recurso.

Doctor.— ¿Y si yo no estuviese de acuerdo con usted? (*Pausa*)

Sra. Venable.— Eso es parte de una pregunta. Conclúyala, doctor.

Doctor.— ¿Seguiría interesándose usted en mi labor de Lion's View? Es decir, ¿seguiría interesada en ella la Fundación Sebastián Venable?

Sra. Venable.— ¿No es siempre mayor, doctor, nuestro interés por las cosas que nos atañen directamente?

Doctor.— ¡Señora Venable! (*Aparece entre las cortinas de encaje de la puerta de dos hojas Catalina Holly*) Es usted tan inocente que no se le ocurre, por lo visto no se le ha ocurrido siquiera el que alguien menos inocente que usted pudiera quizás interpretar su ofrecimiento de subsidios como... en fin, como una especie de soborno.

Sra. Venable.— (*Ríe, echa atrás la cabeza*) Llámelo así. Me tiene sin cuidado. Hay dos únicas cosas que deben recordarse. Esa mujer es destructora. Mi hijo era creador. Ahora bien, si mi sinceridad lo ha escandalizado, recoja su maletín negro sin el subsidio dentro, y salga corriendo de este jardín. Nuestra conversación no ha tenido testigos, doctor Azúcar... (*Sale de la casa; la Sta. Foxhill y llama*)

Sra. Foxhill.— ¡Señora Venable!

Sra. Venable.— ¿Qué pasa? ¿Qué quiere señorita Foxhill?

Sra. Foxhill.— Señora Venable... la señorita Holly está ahí, con... (*La Sra. Venable advierte la presencia de Catalina en la puerta vidriera*)

Sra. Venable.— ¡Dios mío! Está ahí. No quiero verme con ella aun. Primero tengo que tomar mi cocktail de las cinco, para fortificarme. Lleve mi silla adentro. ¡Doctor! ¿Sigue ahí todavía? Pensé que había salido corriendo del jardín. Voy a atravesar todo el jardín, hasta la otra entrada. ¡Doctor! ¡Doctor Azúcar! Puede quedarse en el jardín sin gusta, o salir corriendo de él si lo prefiere... entrar por aquí si lo desea, o hacer lo que le plazca.

Durante todo esto, la mujer ha ido avanzando majestuosamente por el jardín, como una nave balanceante, con sus velas desplegadas y un viento suave, bergantín pirata o galeón cargado de tesoros. El joven actor contempla fijamente la figura de Catalina, mientras sale por las cortinas de gasa blanca

*durante todo esto
silla de
rueda*

Catalina.— Hacia abajo. Bajé corriendo, en el sentido en que más fácil era correr. ¡Abajo, abajo, abajo, abajo...! Por la calle blanca y refulgente de calor, gritando: "¡Auxilio!" sin cesar, hasta que...

Doctor.— ¿Qué?

Catalina.— Hasta que mozos, policías y otros... salieron corriendo de los edificios y empecé a subir la colina con ellos. Cuando llegamos de nuevo al sitio en que mi primo Sebastián se me había perdido de vista en medio de los negros gorriones desplumados, lo vi... Yacía en el suelo, desnudo, tal como ellos habían estado desnudos contra una pared blanca, y esto no querrá usted creerlo, porque nadie, lo ha creído, porque nadie podría creerlo, porque nadie, nadie en la tierra sería capaz de creerlo y no los culpo... ¡Habían devorado partes de su cuerpo! (*La Sra. Venable llora quedamente*) Le habían desgarrado y desprendido partes del cuerpo con sus manos, sus cuchillos, o quizá aquellas latas rotas, desgarrando y arrancando partes de un cuerpo, que se llevaron a sus feroces bocas negras, pequeñas y vacías. No se percibía ningún ruido más. No quedaba nada que ver, salvo Sebastián, lo que de él restaba, con el aire de un enorme ramo de rosas envuelto en papel blanco, rosas arrancadas, arrojadas, estrujadas...

La Sra. Venable se pone de pie de un salto, abandonando su silla de ruedas con sorprendente poder, y camina vacilante, pero rápida, en dirección a la chica, e intenta pegarle con el bastón. El Doctor le arrebató el bastón de sus manos y la toma en sus brazos al punto de caer al suelo. La mujer jadea broncamente varias veces y él la conduce a la salida.

Sra. Venable.— ¡Lion's View! ¡Manicomio del Estado, arráncale del cerebro esa horrible historia! (*Fuera la Sra. Holly solloza y cruza hacia Jorge, quien se vuelve de ella, diciendo:*)

Jorge.— Mamá, dejaré de estudiar, me buscaré un empleo, me...

Sra. Holly.— ¡Calla, hijo! ¡Doctor! ¡no puede usted decir algo?

Pausa. El Doctor viene a primer plano del escenario. Catalina, caminando al azar, sale al jardín, seguida por la Hermana.

Doctor.— (*luego de un momento reflexivo, hablándole al aire*) Creo que, por lo menos, debemos tomar en cuenta la posibilidad de que... eso que dice la muchacha... pueda ser cierto.

Entro empujando la silla de Ven. por el frente de

Cuadro Cuarto.

La Sra. Venable entra en la zona delantera del escenario. Música característica de su entrada

entro dejó la silla

Sra. Venable.— Me ve y yo la veo. Con eso es bastante. Señorita Foxhill póngame la silla en este rincón. Bueno, ya tomé mi daiquiri helado. ¿Quiere café alguno de ustedes?

Jorge.— A mí me gustaría un poco de chocolate malteado.

Sra. Holly.— ¡Jorge!

Sra. Venable.— Esto no es un bar público.

Sra. Holly.— ¡Es que Jorge tiene que ser Jorge siempre!

Sra. Venable.— Eso es lo que yo pensaba.

Sigue un silencio turbado. La Srta. Foxhill avanza con el mismo sigilo que un ladrón. Habla en susurro monótono, presentando en dirección a la Sra. Venable una carpeta de cartón.

Srta. Foxhill.— Esta es la carpeta marcada "Cabeza de Lobo". Contiene toda su correspondencia con la policía del lugar, aquí tiene también el informe de la investigación privada y aquí tiene el informe de...

Sra. Venable.— Sí, sí, sí. ¿Dónde está el doctor?

Srta. Foxhill.— En el teléfono de la biblioteca.

Sra. Venable.— ¿Por qué elige tan luego este momento para hacer una llamada?

Srta. Foxhill.— Él no llamó. Lo llamaron de...

me voy y vuelvo rápido

Sra. Venable.— Srta. Foxhill, ¿por qué razón me habla como una ladrona? (la Srta. Foxhill suelta una risita nerviosa, un poco a la desesperada).

Catalina.— Tiene miedo. Tía Violeta, ¿puedo caminar? ¿Ir de un lado a otro hasta que empecemos?

Sra. Holly.— Catalina, queridísima Catalina, ¿te ha dicho Jorge que recibió propuestas de todas las buenas fraternidades de la Universidad de Tulane?

Sra. Venable.— Advierto que ha tenido el tacto natural y el gusto de venir vestido de pies a cabeza con ropas de mi difunto hijo.

Jorge.— Usted me las regaló, tía Violeta.

Sra. Venable.— Pero no creí, Jorge, que la pasearías delante de mí.

Jorge.— ¡Tía Violeta! En cuanto al testamento (*la Sra. Holly tose*), ¿no sería posible encontrar una manera de... de...?

Sra. Holly.— Jorge quiere decir apresurar las cosas. De cumplir las formalidades jurídicas más pronto.

Sra. Venable.— Entiendo lo que quiere decir.

Sra. Holly.— Jorge, no menciones más el dinero.

Jorge.— ¿Y si nunca volvemos a verla?

Catalina jadea y se levanta, sale por el primer término del escenario, y la sigue rápidamente la Hermana Felicity)

Hermana.— (*mecánicamente*) ¿Qué pasa, querida?

Catalina.— Me pareció estar soñando. Que esto no fuese real. (*Vuelve a salir la Srta. Foxhill diciendo*)

Srta. Foxhill.— El Doctor tuvo que atender una llamada urgente de Lion's View (*pausa tensa y breve*)

Sra. Holly.— ¡Violeta! ¿Has oído bien? ¿Dijo Lion's View?

La hermana Felicity había empezado a conducir a Catalina de nuevo al patio, pero ahora la detiene)

Hermana.— Espera querida.

Me voy detrás de la
silla de Venable

Catalina.— ¿Para qué? Se lo que me espera?

Sra. Venable.— *(al mismo tiempo)* ¿Y qué? ¿Están todos ustedes en condiciones de gastar mil dólares por mes, además de gastos de tratamiento, para mantener a la chica en Santa. María?

Sra. Holly.— ¡Catie! ¡Querida Catalina! *(Catalina ha vuelto con la Hermana)* Dile a tía Violeta lo agradecida que estás por haberte permitido descansar y recuperarte en un lugar tan hermoso y tan agradable como Santa María.

Catalina.— Ningún manicomio es agradable y hermoso.

Sra. Holly.— Pero la comida es buena ¿No es buena la comida?

Sra. Venable.— ¡Oh, doctor! Creí que se había marchado, dejándonos tan solo ese maletín negro como recuerdo.

Doctor.— No, no. Tuve que atender una llamada acerca de un paciente que...

Sra. Venable.— Les presento al doctor Cuckowicz... Dice que su apellido significa Azúcar y podemos llamarlo doctor Azúcar. *(Jorge ríe)* Es un especialista de Lion's View.

Catalina.— *(interrumpiendo)* ¿Cuál es su especialidad?

Sra. Venable.— Un procedimiento nuevo. Para esos casos en que los otros fallan. *(Pausa. El clamor de la selva sube de volumen y luego baja).*

Catalina.— ¿se propone hacerme un agujero en la cabeza y revolverme un cuchillo dentro del cerebro? Todo lo demás ya me lo han hecho. *(la Sra. Holly solloza. Jorge se golpea la rodilla con la raqueta de tenis).* Para eso va necesitar permiso de mi madre.

Sra. Venable.— Soy yo quien paga para tenerte en un asilo particular.

Catalina.— Pero yo no estoy legalmente bajo su custodia.

Sra. Venable.— Tu madre depende de mí. Dependen todos ustedes... financieramente.

Catalina.— Me parece que la situación me resulta muy clara... ahora.

Sra. Venable.— Bien, en tal caso...

Doctor.— Señora Venable, tratemos de mantener las cosas en un nivel sereno. Parece que su sobrina está alterada.

Sra. Venable.— Tiene todos los motivos del mundo para estarlo. Me robó el hijo, y luego...

Catalina.— Tía Violeta, usted es injusta.

Sra. Venable.— ¡Ah! ¿Sí?

Catalina.— *(a lo demás)* Es injusta *(Luego, de nuevo la Sra. Venable:)* Tía Violeta, usted sabe por qué Sebastián me pidió que viajase con él.

Sra. Venable.— Sí... ¡Yo sé por qué!

Catalina.— Usted no estaba en condiciones de viajar. Sufrió un... *(se calla de golpe)*.

Sra. Venable.— ¡Sigue! ¿Qué es lo que sufrí? ¿Tienes miedo de decirlo delante del doctor? Ha querido decir que sufrí un ataque.

Al tiempo en que Catalina y el Doctor se aproximan por un mismo lado, la Sra. Venable es alejada, en su silla de ruedas, por el otro. Jorge quita la cabeza del regazo de su madre. La luz va apagándose mientras entran. Enciéndase la luz que ilumina a otra zona.

Sra. Venable.— ¡Yo no sufrí ningún ataque...! Fue un simple aneurisma leve. Lo sufrí cuando descubrí que esta mujer trataba de robarme a mi hijo. Entonces fue. Me produjo una peque... y pasajera... contracción muscular en un lado de la cara... *(cruza de nuevo a la zona principal de actuación)*. Estos no son parientes carnales míos, sino de mi marido muerto. Siempre los odié. La hermana de mi finado esposo y sus dos inútiles hijos. Pero hice más que mi deber al mantenerlos a flote. Para halagar a mi hijo, cuyo punto flaco era el ser extremadamente blando de corazón, afronté el g^o y la humillación pública de permitir a esta muchacha una presentación en sociedad. Tenía una lengua muy afilada, que algunos confundieron con ingenio. Pero él, Sebastián, se reía. Lo divertía esta muchacha. Al promediar la temporada, en las fiestas dejaron de invitarla porque había perdido la cabeza por un joven casado, provocando una escena en un baile de carnaval. Pero... *(no puede pensar)* con todo, mi hijo Sebastián se afligió por ella y la llevó consigo el último verano, en lugar mío.

Catalina.— (*se pone de pie de un salto, gritando*) ¡Yo no puedo cambiar la verdad! Yo no soy Dios. Ni siquiera estoy segura que Él pudiese. No creo que Dios mismo pueda cambiar la verdad. ¿Cómo podría entonces cambiar la historia de lo que le pasó a su hijo en Cabeza de Lobo?

Sra. Venable.— (*simultáneamente*) ¡Estaba enamorada de mi hijo!

Catalina.— Permítame volver a Santa María. Hermana Felicity, déjeme volver a Santa.

Sra. Venable.— (*encimado*) ¡No, no! No es allí adonde irás.

Catalina.— Está bien, iré a Lion's View, pero no me pida que...

Sra. Venable.— Sabes muy bien que estabas,,,

Catalina.— ¿Qué estaba qué, tía Violeta?

Sra. Venable.— No me llames tía; de quien eres sobrina es de mi difunto esposo, no mía.

Sra. Holly.— ¡Catalina! ¡Catalina! No hagas enojar a tu... ¡Doctor! ¡Oh, doctor!

Pero el doctor está observando con calma la escena, impassiblemente. Atruenan el aire del jardín sus habitantes de plumas y escamas

Catalina.— Yo no quise venir aquí. Sé cual es su idea. Cree que yo maté a su hijo, presume que yo tuve la culpa de su muerte.

Sra. Venable.— ¡Exactamente! Cuando me contó que ibas a ocupar mi sitio el último verano, le dije que no volvería a verlo, y no lo vi más. ¡Sólo tu sabes por qué!

Echa a correr hacia el jardín, pero la sigue inmediatamente la hermana.

Hermana.— ¡Señorita Catalina! ¡Señorita Catalina!

Doctor.— ¡Señora Venable!

Hermana.— ¡Catalina! ¡Catalina!

Doctor.— ¡Señora Venable!

Sra. Venable.— ¿Qué?

Doctor.— Quisiera quedarme a solas, durante unos minutos, con la señorita Catalina.

Sra. Holly.— ¡Tú, Jorge! ¡Háblale!

Jorge se hinca delante de la silla de la anciana, mirándola de cerca de la cara, con una mano en su rodilla.

Jorge.— ¡Tía Violeta! Catalina no debe ir a Lion's View. Sabría todo el mundo que usted había encerrado a su sobrina en un manicomio del Estado. ¡Tía Violeta!

Sra. Venable.— ¡Foxhill! *x a detrás de la silla de Ver.*

Jorge.— ¿Qué quiere, tía Violeta?

Sra. Venable.— Suéltame la silla. ¡Foxhill! Aléjeme de esta gente.

Jorge.— Tía Violeta, escúcheme. Piense en las murmuraciones de.... **Sra. Venable.**— ¡No puedo levantarme! ¡Aléjeme! ¡Empújeme!

Jorge.— *(se levanta, pero retiene la silla)* Yo la llevaré, señorita Foxhill.

Sra. Venable.— Suelta la silla o...

Sra. Foxhill.— Señor Holly, yo... *la suelta*

Jorge.— Necesito hablar con ella. *(empuja la silla hacia el primer plano del escenario).*

Sra. Venable.— ¡Foxhill!

Sra. Foxhill.— ¡Señor Holly! La señora no quiere que usted la lleve.

Jorge.— Sé muy bien lo que hago. Déjeme a solas con tía Violeta.

Sra. Venable.— ¡Suéltame o te pego!

Jorge.— ¡Oh, tía Violeta!

Sra. Venable.— ¡Foxhill!

Sra. Holly.— ¡Jorge!

Jorge.— ¡Tía Violeta!

La Sra. Venable le pega con el bastón. Jorge suelta la silla y Foxhill se la lleva. El joven persigue la silla con una especie de trocico, durante unos pasos, pero se vuelve hacia la Sra. Holly, la cual solloza con un pañuelo en la cara, Jorge suspira, y se sienta al lado de la Sra. Holly, tomándola de las manos, La escena se oscurece al tiempo en que se enciende la luz sobre Catalina y la Hermana, en el jardín. El doctor se les acerca, Ella alarga los brazos hacia él, sollozando, y él se agacha, arrodillándose dela de su silla, y apoyando la cabeza en el regazo de ella. Esta le acaricia la cabeza. Durante la escena, la Hermana ha permanecido al lado de Catalina, sujetándola del brazo.

Catalina.— No hace falta que me sujete. No puedo escapar.

Doctor.— ¡Señorita Catalina!

Catalina.— ¿Qué?

Doctor.— Su tía es una señora muy enferma. ¿Sufrió un ataque en la primavera pasada?

Catalina.— Sí, sufrió; pero nunca lo reconocerá...

Doctor.— ¿La odia, señorita Catalina?

Catalina.— No comprendo el odio. ¿cómo es posible odiar a alguien y seguir siendo cuerda? Como ve, sigo considerándome cuerda.

Doctor.— ¿Usted cree que ella sufrió un ataque?

Catalina.— Un ataque ligero en abril. Le afectó sólo un lado de la cara, el izquierdo... Pero la desfiguraba, y después de eso, Sebastián no pudo usarla más.

Doctor.— ¿No pudo usarla? ¿Ha dicho usarla?

No son estridentes, pero sí siniestros los ruidos de la selva.

Catalina.— Sí, todos nos usamos mutuamente, y eso es lo que consideramos amor... Y el no poder usarse unos a otros es el odio.

Doctor.— Dígame... ¿Qué sentía usted por su primo Sebastián?

Catalina.— Yo le gustaba y por eso lo amé-

Doctor.— ¿En qué forma lo amó?

Catalina.— En la única que él aceptaba; con una especie de amor maternal. Intenté salvarlo, doctor.

Doctor.— ¿Contra qué? ¿Salvarlo de quién?

Catalina.— Contra el perfeccionamiento de una especie de... ¡imagen! Que él se había forjado de sí mismo, sacrificándose a una especie de terrible...

Doctor.— ¿Dios?

Catalina.— Sí, doctor. Un Dios cruel.

Doctor.— ¿Qué pensaba usted al respecto?

Catalina.— Mis pensamientos, doctor, son como esos que se tienen en un sueño...

Doctor.— ¿Su vida no le parecía real?

Catalina.— Súbitamente... este último verano, empecé a escribir mi diario en tercera persona.

La toma de un codo y la saca en dirección al primer plano del escenario. Al mismo tiempo, la señorita Foxhill lleva afuera, con su silla, a la señora Venable, la Sra. Holly llora con un pañuelo en la cara y Jorge se levanta, se encoge de hombros y se vuelve de espaldas público.

Doctor.— ¿Sucedió algo el invierno pasado?

Catalina.— En un baile de Carnaval, un cierto... joven me llevó con él, se emborrachó de tal modo que no podía tenerse en pie. *(nota breve de risa sin alegría)* Quise volverme a casa. Me dispuse a buscar un taxi. Alguien me tomó del brazo y dijo: "Yo la llevaré en mi coche." Lo miré y... Creo que realmente no lo había visto nunca. Me llevó a casa en su auto, pero primero me condujo a otro lugar. Paramos cerca de Robles en Lucha, al final de la calla Esplanada. "¿Para qué paramos?" pregunté. No me contestó. Tan sólo

encendió un fósforo para prender un cigarrillo, allí en el auto. Lo miré y entendí "para qué". Creo que salté del coche antes que él, y anduvimos por el pasto húmedo ente los robles empapados de rocío, como si alguien nos llamara, pidiendo auxilio, allá...

Pausa. Los gritos de las aves, monocordes y apagados, se funden en un único canto.

Doctor.— ¿Y después qué?

Catalina.— Lo perdí. Me llevó a casa y dijo una cosa espantosa. "Será mejor que nos olvidemos de esto", dijo. "Mi mujer espera un hijo y..." Yo entré en casa y me senté a pensar; pero pronto llamé un taxi y volví directamente al salón de fiestas del Hotel Roosevelt. Me acerqué a él y lo abofeteé tan violentamente como pude y le pegué con furia en la cara y en pecho con mis puños hasta que... El primo Sebastián me sacó de allí... Luego, por la mañana siguiente, empecé a escribir mi diario en tercera persona singular, con cosas como: "Aun sigue viviendo esta mañana". Con lo cual quería decir que seguía viviendo yo. " Una mañana vino a mi dormitorio mi primo Sebastián y me dijo: "¡Levántate!" Bueno, quien vive todavía, luego de haber muerto... es obediente, doctor. Me levanté. Me llevó al centro para hacerme fotos de pasaporte. Dijo: "Mi madre no puede salir al extranjero conmigo este verano. Vienes tú en vez de ella." Si no me cree, lea mi diario de París.

Doctor.— Señorita Catalina, permítame aplicarle esto... *(los demás salen, dejando a solas a Catalina y el Doctor).*

Catalina.— ¿Es necesario ponerme una inyección de nuevo...ahora? ¿Conqué van a pincharme esta vez? Bah, no me importa, doctor. Me han pinchado ya tantas veces, que si me conectase con una manguera de jardín, tendría un excelente rociador.

Doctor.— *(preparando la aguja)* Haga el favor de quitarse el saco. *(ella lo hace. El doctor le aplica la inyección)*

Catalina.— No lo he sentido.

Doctor.— Mejor así, siéntese *(se sienta Catalina).*

Catalina.— ¿empiezo a contar hacia atrás, desde cien?

Doctor.— ¿Le gusta?

Catalina.— ¡Me encanta! ¡Me encanta enormemente! Cien.. noventa y nueve... noventa y ocho... noventa y siete... noventa y seis... noventa y cinco... no.. ¡Oh! ¡Ya empiezo a sentir el efecto! ¡Qué raro!

Doctor.— Está bien. Cierre los ojos un momento (*acerca su silla a ella. Pasa un medio minuto*) ¡Señorita Catalina! Quiero que me ceda una cosa.

Catalina.— Dígala y es suya, doctor azúcar.

Doctor.— Que me entregue toda su resistencia.

Catalina.— ¿Resistencia a qué?

Doctor.— A la verdad que usted va a contarme.

Catalina.— La verdad es lo único a que nunca opuse resistencia.

Doctor.— Quiero que apoye ^{su mano} ~~una suya~~ en la mía y me entregue toda su resistencia. Que de su mano la pase a mi mano.

Catalina.— Aquí tiene mi mano. Pero en ella no hay ninguna resistencia.

Doctor.— Está totalmente pasiva.

Catalina.— Sí.

Doctor.— Hará lo que yo le pida.

Catalina.— Sí, procuraré.

Doctor.— Dirá toda la verdad.

Catalina.— Todo exactamente. Porque tendré que decirlo ¿Puedo... levantarme?

Doctor.— Sí, pero tenga cuidado. Es posible que se sienta un poco mareada. (*lucha por incorporarse; cae atrás. La sostiene. Ella mira afuera vagamente, en dirección al jardín brillante y humeante. Luego lo mira a él. De pronto se balancea hacia el médico, contra él.*)

Doctor. — Ve, ha perdido el equilibrio.

Catalina. — No, no es eso. Hice lo que deseaba hacer sin que usted me lo mandase. (Lo retiene con fuerza contra sí) ¡Déjeme! Déjeme... déjeme... (Ella junta violentamente su boca con la de él, el médico trata de desasirse. Entra Jorge) Apriétame, por piedad. ¡He estado tan sola! Si es que estoy loca, debo sentirme más sola que la muerte...! Más sola que la muerte.

Jorge.— (escandalizado, asqueado) ¡Catalina! ¡Qué desfachatez la tuya!

Ella se echa atrás, jadeando, se tapa el rostro, corre unos pasos y se ase con fuerza del respaldo de un sillón. Entra la Sra. Holly.

Sra. Holly.— ¿Qué pasa, Jorge? Se siente más Catalina?

Jorge.— No.

Doctor.— A la señorita Catalina le ha sido aplicada una inyección que le hace perder el equilibrio.

Sra. Holly.— (volviendo) ¿Qué ha dicho acerca de Catalina?

Catalina a salido a la selva ennegecedora del jardín.

Hermana.— (volviendo) Se ha ido al jardín.

Doctor.— Está bien. Volverá cuando yo la llame.

Hermana.— Puede que esté bien para usted. Usted no se halla a cargo de ella (*Ha vuelto a entrar la Sra. Venable*).

Sra. Venable.— ¡Llámela ahora!

Doctor.— ¡Señorita Catalina! ¡Vuelva! (*a la Hermana*) Tráigala de vuelta. ¿Quiere hacer el favor, Hermana? (*Catalina entra con calma, un poco insegura*) Bien, señorita Catalina, ahora va a contar toda la verdad.

Catalina.— ¿Por dónde empiezo?

Doctor. — ¿Le parece bien comenzar con el verano pasado?

Catalina.— ¡Oh! ¡El verano pasado!

*cuando se para
nilda salir*

Doctor.— Sí, este último verano.

Pausa larga. Los sonidos ásperos del jardín se desvanecen y se funden con un canto de ave claro y dulce. La Sra. Holly tose. La Sra. Venable se agita impaciente. Jorge cruza adelante para llamar la atención de Catalina mientras enciende un cigarrillo.

Catalina.— ¿Podría...?

Sra. Venable.— Apártele ese muchacho.

Jorge.— Quiere fumar, tía Violeta.

Catalina.— ayuda tener algo... en las manos.

Hermana.— ¡Uh! ¡Uh!

Doctor.— Está bien, Hermana (*le enciende un cigarrillo a Catalina*) En cuanto al último verano... ¿Cómo fue el comienzo?

Catalina.— Empezó con su bondad y los seis días de navegación que me condujeron tan lejos de... los Robles en Lucha... como para olvidarlos del todo o poco menos. Fue cariñoso conmigo, tan dulce y solícito que algunos nos creyeron una pareja de recién casados hasta que advirtieron que teníamos camarotes separados... Y luego, en París, me llevó a Patou y a Schiaparelli... Esto es de Schiaparelli... (*como una niña, enseña su traje*) Me compró tanto vestidos, que debí regalar los viejos para hacer lugar a los nuevos en mi nuevo equipaje de... viaje. Me convertí en un pavo real. Por supuesto, él lo era también.

Jorge.— ¡Ja, ja!

Sra. Venable.— ¡Chst!

Catalina.— Pero entonces cometí el error de responder demasiado a su amabilidad, de tomarle la mano antes que él tomase la mía, de asirme de su brazo y reclinar me en su hombro, de agradecer su bondad más de lo que el deseaba, y repentinamente, este último verano empezó a volverse inquieto... y...

Doctor.— Siga.

Catalina.— ...¡El cuaderno del pájaro azul!

Doctor.— ¿Ha dicho cuaderno?

Sra. Venable.— Habla de cuaderno de composiciones que tiene como distintivo un pájaro azul en la tapa, Sebastián lo utilizaba para notas y correcciones de su poema de verano. Lo acompañaba a todas partes. *(la Srta. Foxhill entra afanosamente, jadeando)*

Doctor.— No entiendo del todo la relación que pudo haber entre ropa nueva y otras cosas parecidas, y el cuaderno con un grajo azul.

Sra. Venable.— Esto es importante. No sé por qué mencioné el cuaderno del pájaro azul, pero quiero que usted lo vea. Aquí está- *(sostiene en alto el cuaderno y pasa rápidamente de hojas)* ¿Título? Poema de verano. Y la fecha del verano. ¿Luego qué? Páginas en blanco, en blanco...

Doctor.— ¿Qué tiene eso que ver con...?

Sra. Venable.— ¿su muerte? Yo se lo diré. La vocación de un poeta se apoya sobre algo tan tenue y fino como una tela de araña, doctor. Eso tan sólo lo mantiene en pie contra... su propia ruina. Pocos, muy pocos, lo consiguen por sí solos. Se necesita una gran ayuda. Yo se la proporcioné. Ella, no.

(Los siguientes diez renglones se dicen muy rápidamente, encimándose)

Catalina.— ¡Yo no pude!

Sra. Venable.— ¡Claro que no! Era mío. Yo sabía ayudarlo, yo podía...

Doctor.— ¡Esas interrupciones!

Sra. Venable.— Yo decía "podrás" Y podía.

Catalina.— Lo único que sé es que de pronto, este último verano, dejó de ser joven y fuimos a Cabeza de Lobo, y allí, de repente, abandonó las relaciones sociales y las veladas por las playa...

Doctor.— ¿Las veladas? ¿Por la playa?

Catalina.— Sí. De pronto el último verano mi primo Sebastián empezó a salir de tarde en vez de noche, para ir a la playa...

Doctor.— ¿Qué playa?

Catalina.— En Cabeza de Lobo hay una playa que lleva el nombre del santo de su nombre, la playa de San Sebastián, y allí es donde empezamos a pasar las tardes, todos los días.

Doctor.— ¿Qué clase de playa era?

Catalina.— Una gran playa, de una ciudad cerca del puerto.

Doctor.— ¿Era una gran playa pública?

Catalina.— Sí. pública.

Sra. Venable.— Pequeñas manifestaciones como ésta son las que la delatan.

El doctor se levanta hacia la señora Venable sin interrumpir su concentración sobre Catalina.

Después de esto que le he dicho sobre lo quisquilloso que era, ¿puede admitir esa afirmación?

Doctor.— No debe usted interrumpirla.

Sra. Venable.— (*encimada*) ¿Qué Sebastián iba diariamente a una sucia playa gratuita cerca de un puerto? ¿Un hombre que recorría más de una milla en bote antes de encontrar agua en qué nadar?

Doctor.— Señora Venable, diga lo que diga esta muchacha, debe dejar que hable sin interrupciones, o de lo contrario esta entrevista será inútil.

Sra. Venable.— No volveré a hablar. Callaré, aunque me muera.

Doctor.— Continúe su relato. Todas las tardes, el último veranos, su primo Sebastián y usted... ¿iban a esa playa popular y gratuita?

Catalina.— No. No era gratuita. La playa popular, de acceso libre, estaba al lado. Había un cerco entre una y otra. En la nuestra cobraban un poco.

Doctor.— Sí ¿Y qué hacían allí?

Todavía está al lado la señora Venable y la luz está cambiando gradualmente y lo hace a medida que más avanza en su narración la joven, La luz se concentra en Catalina, sumiéndose en la sombra las demás figuras.

¿Ocurrió algo que le causase trastorno?

Catalina.— ¡sí!

Doctor.— ¿Qué?

Catalina.— Me compró un traje de baño que yo no quise ponerme. Me ref. Le decía: "No puedo usar eso. Es sencillamente escandaloso".

Doctor.— ¿Cómo se entiende? ¿No era decente el traje?

Catalina.— ¡Oh, Dios mío! No. Estaba hecho de una sola pieza, en algodón blanco de Lille, que en el agua se vuelve transparente. (*ríe con tristeza al recordar*) Yo no quería nadar con ese traje, pero él me tomaba de la mano y me metía al mar, hasta muy adentro... Y al salir de allí, parecía estar desnuda.

Doctor.— ¿Para qué hacía eso? ¿Comprendió usted la razón?

Catalina.— Sí. Para llamar... la atención.

Doctor.— ¿Quería que usted llamase la atención, pensando que se sintiese deprimida y sola?

Catalina.— ¿No comprende, doctor? Yo era su proxeneta. (*El jadeo de la Sra. Venable es como el ruido que haría un gran pez atrapado en un anzuelo.*) ¡Antes lo había sido ella... también! (*la Sra. Venable lanza un grito.*) Inconscientemente, por supuesto. No sabía que estaba buscándole gente en los sitios elegantes a que fueron antes del último verano. Sebastián era tímido. Ella, no. Yo tampoco. Las dos cumplimos igual misión, estableciéndole contactos, pero ella lo hizo en lugares finos y en formas decentes, y yo tuve que hacerlo en la forma que ya le he contado. Sebastián se sentía muy solo y triste doctor, y el cuaderno vacío del pájaro azul crecía y crecía. Tan grande fue... tan grande y vacío como aquel cielo y aquel mar y vacíos... Yo fui consciente de lo que hacía. Tuve mi bautismo de fuego en el Barrio Francés mucho antes de hacerlo en el Barrio Jardín...

Sra. Holly.— ¡Oh, Catalinita! ¡Querida!

Alarco a
Venable
a lermes



Dusco un

jarra de agua
varios vasos y
pastillas

le doy agua a Venable
y dejó la jarra y los
vasos.

Doctor.— ¡Christ!

Catalina.— Y no pasaba mucho tiempo, mientras aumentaba el calor del sol y la playa se llenaba de gente. Los de la playa gratuita trepaban el alambrado o lo esquivaban nadando en torno, bandas de jóvenes sin hogar que moraban en la playa gratuita como perros sin casa... hambrientos... Entonces me permitía ponerme un traje decente y oscuro. Me alejaba a los extremos distantes de la playa, a escribir tarjetas y cartas y llevar mi diario en tercera persona hasta que... que eran las cinco y debía reunirme con él al salir de las casilla de baños, en la calle. Salía, perseguido...

Doctor.— ¿Quién lo perseguía?

Catalina.— Los jóvenes hambrientos y sin hogar que habían trepado el alambrado desde la playa gratuita en que moraban. Les repartía dinero a todos, como si todos ellos le hubiesen... lustrado los zapatos o buscado taxis y fuese propina lo que daba... Día a día la muchedumbre crecía y era más bulliciosa y más voraz... Sebastián empezó a sentir miedo. Por último, dejamos de concurrir.

Doctor.— ¿Y entonces? ¿Después de aquello? Cuando dejaron de concurrir a la playa...?

Catalina.— Entonces, algunos días después que dejamos de concurrir... uno de aquellos días blancos y enceguedores de Cabeza de Lobo, no azul, sino blanco...

Doctor.— Sí...

Catalina.— Nos detuvimos para merendar, a últimas horas de la tarde, en un de aquellos restaurantes al aire libre que dan al mar... Sebastián estaba blanco como el cielo, vestía un immaculado traje blanco de seda natural y corbata blanca. Blancos eran el panamá y los zapatos. Él... *(echa atrás la cabeza y ríe, con una risa que parece reflejar su asombro y recogimiento antes el recuerdo)* ...se llevaba a la cara y al cuello un blanco pañuelo de seda, y a la boca píldoras. Yo adiviné que estaba pasando un mal momento a causa del corazón y sentía miedo. Por eso no habíamos ido a la playa.

Durante el monólogo, las luces han cambiado. La zona circundante se ha oscurecido y un "spot" blanco intenso está enfocado sobre catalina.

"Creo que debemos irnos más al norte" decía insistentemente; "creo que en Cabeza de Lobo no tenemos ya nada que hacer, no tenemos nada que hacer ya... ¿No te parece?"

Yo también lo creía. Pero yo había aprendido a no demostrar que tenía opiniones, porque si lo demostraba, Sebastián... bueno... Bien, ustedes saben cómo era Sebastián. Prefería hacer lo que ningún otro quería hacer, y yo siempre procuré dar la impresión de acceder de mala gana a sus deseos... Fue como un juego...

Hermana.— Se le ha caído el cigarrillo.

Doctor.— Lo tengo yo, Hermana.

Susurros; diversos movimientos en la penumbra. El Doctor le sirve un cocktail a catalina, de una coctelera.

Catalina.— ¿Por dónde andaba? ¡ah, sí! Aquella merienda, a las cinco de la tarde, en un restaurante donde despachaban mariscos, junto al puerto de Cabeza de Lobo. Era entre la ciudad y el mar y había muchachos desnudos en toda la playa, una bandada de muchachos espantosamente delgados y desnudos, que parecían aves desplumadas y se lanzaban con furia contra el alambre de púa como si un viento los arrojase allí, el viento caliente y el blanco mar... todos gritando..."¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!".

Doctor.— ¿Y qué más?

Catalina.— Hacían ruidos y se metían los pequeños puños negros en las bocas, haciendo aquellos ruidos, como si trataran, con muecas espantosas... Por supuesto, nos arrepentimos de haber ido a aquel sitio, pero ya era tarde... para irnos...

Doctor.— (*calmo*) ¿Por qué era tarde para irse?

Catalina.— Le he dicho que Sebastián no se sentía bien. Se introducía aquellas pildoritas blancas en la boca. Me parece que había tragado tantas como para haberse debilitado mucho... ¡Los... ojos se le nublaban! Pero él dijo: "No mires a esos pequeños monstruos. Los mendigos son una plaga social en este país. Si los miras, el país te dará náuseas, perderá todo su encanto para ti..."

Doctor.— Continúe, señorita Catalina. ¿Qué sigue en su visión?

Catalina.— La.. la.. bandada de chicos se puso a dedicarnos una serenata...

Doctor.— ¿Qué hicieron?

Catalina.— Tocaban en instrumentos hechos por ello, de metal... Mientras estuvimos en el restaurante, permanecieron a muy corta distancia.

Doctor.— ¿Y entretenía a su primo Sebastián ese... concierto?

Catalina.— Creo que lo aterraba.

Doctor.— ¿Por qué lo aterraba?

Catalina.— Supongo que reconocía a algunos de los músicos, algunos de los chicos... muchachotes entre la época de la niñez y... también otros mayores...

Doctor.— ¿Qué hizo él? ¿Hizo algo, señorita Catalina? ¿Se quejó al gerente?

Catalina.— ¿Qué gerente? ¿A Dios? ¡Oh, no! ¡El gerente de un restaurante de la playa donde servían mariscos! ¡ja, ja, ja! No... usted no comprende a mi primo.

Doctor.— ¿Qué quiere decir con eso?

Catalina.— Mi primo aceptaba las cosas... todas, y tal cual son. Y pensaba que nadie tenía derecho a quejarse o entorpecer de ningún modo lo que sucedía... Aun conociendo como espantoso lo que era espantoso y sabiendo que estaba mal lo que estaba mal... y debo advertirle que mi primo Sebastián nunca estaba seguro de que algo estuviese mal. Consideraba indigno reaccionar de ningún modo por ninguna cosa... sólo admitía hacer las cosas como algo en su interior le inducía a hacerlas...

Doctor.— ¿Qué es lo que algo en su interior le indujo a hacer? Hablo de aquellas ocasión, en Cabeza de Lobo.

Catalina.— Luego de la ensalada, antes de que nos trajesen el café, de pronto se apartó de la mesa y gritó: "Tienen que dejar de hacer eso... ¡Mozo, hágalos parar! Me siento mal, sufro del corazón y eso me enferma". Fue esa la primera vez que el primo Sebastián intentó corregir una situación humana. Y creo que ése tal vez fue su error fatal. Entonces los mozos, en número de ocho o diez, se abalanzaron sobre la portezuela y golpearon a los pequeños músicos con palos, cazuelas, y cuanto objeto contundente pudieron hallar en la cocina. El primo Sebastián se separó de la mesa, salió del restaurante, luego de haber tirado en la mesa un puñado de billetes, y huyó. Lo seguí. Todo estaba blanco afuera. Rara vez sugería algo, pero en esa ocasión, lo hice.

Doctor.— ¿Qué sugirió?

Catalina.— El primo Sebastián parecía paralizado cerca de la entrada del local, por lo cual yo dije: "Vamos". Recuerdo que era una calle muy ancha, empinada y blanca, y le dije: "Primo Sebastián, allá abajo está la ribera; es más fácil encontrar un taxi por allí... O... ¿Por qué no volvemos y hacemos que la gente del restaurante nos llame un taxi? Sí, hagamos eso. Hagámoslo. Será mejor". Y él respondió: "¡Loca! ¿Estás loca? ¿volver a aquel local inmundo? ¡Nunca! Aquellos chicos canallas les decían cosas a los mozos, gritando sobre mí". "¡Oh!", exclamé yo. "Entonces bajemos a los muelles, allá al pie de la colina. No intentemos escalarla con este tiempo horrible". Y el primo Sebastián gritó: "¡Cállate, por favor, y deja que yo arregle esto! Quiero ser yo quien lo haga". Empezó a subir por la calle empinada, con una mano metida en el saco, por el lado en que yo sabía que sentía un dolor agudo en el pecho a causa de las palpitaciones... Pero cada vez apretaba más el paso, presa de pánico y terror, y cuanto más se apresuraba, más cerca y estridente se percibía...

Doctor.— ¿Se percibía qué?

Catalina.— La música.

Doctor.— La música otra vez.

Catalina.— Habían atravesado, no sé como, el alambrado de púa y salido a la calle y seguían y seguían... escalando la calle blanca y refulgente. Sebastián echó a correr y todos gritaron en el acto, pareciendo como si volasen por el aire, alcanzándolo rápidamente. Yo lancé un grito. Oí que Sebastián gritaba a su vez, que gritó una única vez antes de que aquella bandada famélica de aves negras desplumadas lo alcanzase en mitad de la ascensión de la colina.

Doctor.— ¿Y usted, señorita Catalina, que hizo entonces?

Catalina.— Eché a correr.

Doctor.— ¿A correr adónde?

RECINTO DE RIO PIEDRAS
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
FACULTAD DE HUMANIDADES
JOSE EMILIO GONZALEZ
SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
1306720